**Consejos de nuestra madre para los esposos**

**23 « No os despojéis jamás de la protección de la plegaria »**

6 Dice María:

«Voy a hablar poco porque estás muy cansada, pobre hija mía. Sólo quiero que

pongas –como también quien lee– tu atención en la costumbre constante de José y mía

de reservar siempre el primer puesto a la oración. Ni el cansancio ni la prisa ni los

pesares ni las ocupaciones impedían la oración; antes al contrario, la favorecían. Era

siempre la reina de nuestras ocupaciones. Nuestro refrigerio, nuestra luz, nuestra

112

esperanza. Si en las horas tristes era consuelo, en las felices canto; pero siempre, la amiga

constante de nuestra alma: era la que nos desligaba de la tierra, del destierro, y nos

mantenía en suspensión hacia el Cielo, la Patria.

No sólo yo –que ya tenía dentro de mí a Dios y me bastaba con mirarme dentro para

adorar al Santo de los santos– me sentía unida a Dios cuando oraba, sino que también lo

sentía José, porque nuestra oración era adoración verdadera de todo el ser, que se fundía

con Dios adorándole y recibiendo a su vez su abrazo.

Fijaos que ni siquiera yo, que ya tenía en mí al Eterno, me sentí exenta de prestar

veneración al Templo. La más alta santidad no exime de sentirse una nada respecto a

Dios y de humillar esta nada, puesto que El nos lo permite, en un contínuo grito de

júbilo a su gloria.

7 ¿Sois débiles, pobres, imperfectos? Invocad la santidad del Señor:

*"¡Santo, Santo, Santo!"*. Invocad al Santo bendito para que socorra vuestra miseria.

Vendrá, transfundiéndoos su santidad. ¿Sois santos, ricos de méritos ante sus ojos?

Invocad igualmente la santidad del Señor, la cual, siendo infinita, aumentará cada vez

más la vuestra. Los ángeles, seres que están por encima de las debilidades de la

humanidad, no cesan un instante de cantar su *"Sanctus"*, y su belleza sobrenatural crece

con cada acto de invocación de la santidad de nuestro Dios. Imitad, pues, a los ángeles.

No os despojéis nunca del amparo de la oración. Contra ella se despuntan las

armas de Satanás, las malicias del mundo, los apetitos de la carne, las soberbias de la

mente. No bajéis jamás esta arma, por la cual los Cielos se abren, lloviendo así gracias y

bendiciones.

La tierra tiene necesidad de un lavacro de oraciones para purificarse de las culpas

que atraen los castigos de Dios. Y, dado que pocos oran, esos pocos deben orar como si

fueran muchos, multiplicar sus oraciones vivas para obtener con ellas esa suma

necesaria para con seguir gracia; y las oraciones viven cuando están sazonadas con

verdadero amor y sacrificio.

8 Que tú, hija, sufras, además de por tu sufrimiento, por el mío y el de mi Jesús, es

bueno, es meritorio y grato a Dios. Tengo en gran estima tu amor compasivo. ¿Querías

besarme? Besa las llagas de mi Hijo. Ungelas con el bálsamo de tu amor. Yo sentí

espiritualmente el agudo dolor de los azotes y de las espinas y la tortura de los clavos y

de la cruz. Más, de la misma forma, siento espiritualmente todas las caricias hechas a mi

Jesús, y son otros tantos besos que yo recibo. Bueno, ven de todas formas; verdad es

que soy la Reina del Cielo, pero sigo siendo la Madre…»

Y yo me siento feliz.

**24 « Disponed vuestro corazón para que acoja la Luz »**

6 Dice María:

«A quien reconoce su error arrepintiéndose y acusándose con humildad y corazón

sincero, Dios le perdona; no sólo le perdona, sino que le recompensa. ¡Oh, qué bueno es

mi Señor con los humildes y sinceros, con los que creen en El y en El se abandonan!

7 Arrojad de vuestro espíritu todo lo que le traba y le hace perezoso. Disponedle para

que acoja la Luz, que es, cual faro en las tinieblas, guía y santo conforto.

¡Amistad con Dios, dicha de sus fieles, riqueza no igualada por nada, quien te posee

nunca está solo ni siente la amargura de la desesperación! No anulas el dolor, santa

amistad, porque el dolor fue destino de un Dios encarnado y puede ser destino del

hombre; eso sí, le haces dulce en su amargura, y añades una luz y una caricia que, cuales

celestes toques, alivian la cruz.

Y, cuando la Bondad divina os dé una gracia, usad el bien recibido para dar gloria a

Dios. No seáis como esos insensatos que de un objeto bueno se hacen un arma dañosa, o

como los gastadores que de la abundancia acaban haciendo miseria.

8 Me causáis demasiado dolor, hijos tras cuyos rostros veo aparecer al Enemigo, a

aquel que arremete contra mi Jesús. ¡Demasiado dolor! Yo quisiera ser para todos el

Manantial de la Gracia, pero hay demasiados entre vosotros que no quieren la Gracia.

Pedís *"gracias"*, pero con el alma privada de Gracia. ¿Cómo podrá la Gracia socorreros si

sois enemigos suyos?

9 El gran misterio del Viernes santo se aproxima. Todo en los templos le recuerda y le

celebra. Pero es necesario que le celebréis y le recordéis en vuestros corazones, y que os

deis golpes de pecho, como los que bajaban del Gólgota, y que digáis: *"Este es realmente*

*el Hijo de Dios, el Salvador"*117, y que digáis: *"Jesús, por tu Nombre, sálvanos"*, y que

digáis: *"Padre, perdónanos"*, y, en fin, es necesario decir: *"Señor, yo no soy digno; pero, si*

134

*Tú me perdonas y vienes a mí, mi alma quedará curada118. Yo no quiero, no, no quiero pecar ya mas, para no volver a enfermarme y para no ser de nuevo detestado por ti"*.

Orad, hijos, con las palabras de mi Hijo. Decidle al Padre por vuestros enemigos:

*"Padre, perdónalos"*119. Invocad al Padre, que se ha apartado indignado por vuestros

errores: *"Padre, Padre, ¿por qué me has abandonado?*120 *Yo soy pecador, pero, si me*

*abandonas, moriré. Vuelve, Padre santo, que yo me salve"*. Poned vuestro eterno bien,

vuestro espíritu, en manos del único que lo puede conservar ileso del demonio: *"Padre,*

*en tus manos dejo mi espíritu"*121. Si humilde y amorosamente cedéis vuestro espíritu a Dios, El ciertamente le guiara como hace un padre con su pequeñuelo; no permitirá que nada dañe vuestro espíritu.

Jesús, en sus agonías, oró para enseñaros a orar. Os lo recuerdo en estos días de

Pasión.

10 Y tú, María, tú que ves mi gozo de Madre y te extasías con ello, piensa y recuerda

que he poseído a Dios a través de un dolor progresivamente más intenso, que bajó a mí

con la Semilla de Dios y, cual árbol gigante, fue creciendo hasta tocar el Cielo con su

copa y el infierno con sus raíces, cuando recibí en mi regazo el despojo exánime de la

Carne de mi carne, y vi y conté sus laceraciones, y toqué su Corazón desgarrado, para

apurar aquél hasta su última gota».

*117 Cfr. Mt. 27, 54; Mc. 15, 39.*

*118 Cfr. Mt. 8, 8; Lc. 7, 6–7.*

*119 Cfr. Lc. 23, 34.*

*120 Cfr. Mt. 27, 46; Mc. 15, 34; Sal. 21, 2.*

*121 Cfr. Lc. 23, 46.*

**«Si José hubiera sido menos santo, Dios no le hubiese concedido sus luces»**

8 Dice María:

«Es la víspera de Jueves santo. A algunos les parecerá que la visión está fuera de

lugar. Y, sin embargo, tu dolor de amante de mi Jesús Crucificado está en tu corazón, y

permanece aunque se presente una dulce visión. Esta es como el calorcillo producido por

una llama: por una parte, fuego todavía; por otra, ya no. El fuego es la llama, no su

calor, que no es sino una derivación de ella. Ninguna visión venerable o pacífica podrá

quitar de tu corazón ese dolor. Considéralo más valioso que tu misma vida, porque es el

don mayor que Dios puede conceder a quien cree en su Hijo. Además, mi visión, dentro

de su paz, no desentona con las solemnidades de esta semana.

9 Mi José sufrió también su Pasión126, que comenzó en Jerusalén cuando notó mi

estado; y duró algunos días, como en el caso de Jesús y mío. No fue, espiritualmente,

poco dolorosa. Sólo fue la santidad de mi justo esposo lo que la contuvo, y en tal modo,

tan digno y secreto, que ha pasado los siglos siendo poco notada.

*125 Acerca de la permanencia de María en la casa de Isabel, parece que la Escritora afirme que estuvo 80 días: 40 antes del*

*nacimiento del Bautista y 40 después.*

*126 Cfr. Mt. 1, 18–25.*

140

¡Oh, nuestra primera Pasión! ¿Quién podrá referir su íntima y silenciosa intensidad, y

mi dolor al constatar que aún no me había llegado del Cielo la ayuda que esperaba, de

revelarle a José el Misterio?

Comprendí que lo ignoraba al verle conmigo con la misma actitud respetuosa que de

costumbre. Si él hubiera sabido que llevaba en mí al Verbo de Dios, habría adorado a ese

Verbo cerrado en mi seno con actos de veneración propios de Dios. Sí, José habría

realizado esos actos, y yo no habría rehusado recibirlos, no por mí, sino por Aquel que

estaba en mí y que yo llevaba, de la misma forma que el Arca de la alianza llevaba el

código de piedra y los vasos de maná127.

¿Quién podrá describir mi batalla contra el desánimo128 que pretendía subyugarme

para persuadirme de que había esperado en vano en el Señor? ¡Oh, creo que fue la rabia

de Satanás! Sentí surgirme la duda a las espaldas, y sentí cómo alargaba ésta sus gélidas

zarpas para aprisionarme el alma y detener su oración. La duda... tan peligrosa, letal

para el espíritu. Letal, porque es el primer elemento agente de la enfermedad mortal que

tiene por nombre *"desesperación"*; contra él se debe reaccionar con todas las fuerzas, para

no perecer en el alma y perder a Dios.

¿Quién podrá exponer con exacta verdad el dolor de Jose, sus pensamientos, la

turbación de sus sentimientos? El se encontraba, cual barquichuela en medio de una

gran tempestad, en un remolino de ideas contrapuestas, en un torbellino de reflexiones a

cuál más mordiente y penosa. Era un hombre aparentemente traicionado por su mujer.

Veía que se derrumbaban juntos su buen nombre y la estima del mundo; por causa de

Ella se veía ya señalado con el dedo y compadecido por el pueblo. Ante la evidencia de

un hecho, veía caer muertos el afecto y la estima puestos en mí.

10 Su santidad aquí resplandece aún más alta que la mía. De ello doy testimonio con

afecto de esposa, porque quiero que améis a mi José, a este hombre sabio y prudente, a

este hombre paciente y bueno, el cual no está desligado del misterio de la Redención,

antes bien, está íntimamente relacionado con él, porque por este misterio apuró el dolor

y se consumió, salvándoos al Salvador con su sacrificio y santidad.

Si hubiera sido menos santo, hubiera actuado humanamente, denunciándome como

adúltera para que me hubieran lapidado y pereciera conmigo el hijo de mi pecado. Si

hubiera sido menos santo, Dios no le habría concedido la guía de su luz en tan ardua

prueba. Pero José era santo. Su espíritu puro vivía en Dios, y tenía una caridad

encendida y fuerte, y por la caridad os salvó al Salvador, tanto cuando no me acusó ante

*127 Cfr. Ex. 25, 10–22; 3 Rey. 8, 9; Hebr. 9, 3–5.*

*128 Ninguna admiración causa esto, si se piensa en lo que sufrió Jesús en el Huerto de los Olivos.*

141

los ancianos, como cuando, dejándolo todo con diligente obediencia, salvó a Jesús en

Egipto.

11 Aunque breves numéricamente, los tres días de la Pasión de José fueron de

tremenda intensidad; como también la mía, esta primera pasión mía. En efecto, yo

comprendía su sufrimiento, y no podía aliviarle en modo alguno, por obediencia al

decreto de Dios que me había dicho: *"Guarda silencio!"*.

¡Ay, y, llegados a Nazaret, cuando le vi marcharse, tras un lacónico saludo, cabizbajo

y como envejecido en poco tiempo, y no volver por la tarde como solía hacer, os digo,

hijos, que mi corazón lloró con grandísima aflicción! Sola, encerrada en mi casa, en la

casa en que todo me recordaba el Anuncio y la Encarnación, y donde todo me recordaba

a José, desposado conmigo en intachable virginidad, tuve que resistir contra el

abatimiento y las insinuaciones de Satanás, y esperar, esperar, tener esperanza, y orar,

orar, orar, y perdonar, perdonar, perdonar la sospecha de José, su movimiento interior

de justa indignación129.

Hijos, es necesario esperar, orar, perdonar, para obtener que Dios intervenga en favor

nuestro. Vivid también vosotros vuestra pasión, merecida por vuestras culpas. Yo os

enseño a superarla y convertirla en gozo. Esperad sin medida, orad con confianza,

perdonad para ser perdonados; el perdón de Dios será, hijos, la paz que deseáis.

12 Por ahora no os digo nada más. Hasta pasado el triunfo pascual, silencio. Es la

Pasión. Sed compasivos para con vuestro Redentor. Oíd sus quejidos, contad sus heridas

y sus lágrimas, cada una de las cuales fue vertida por vosotros, fue padecida por

vosotros. Desaparezca cualquier otra visión ante esta que os recuerda la Redención que

por vosotros se ha cumplido».

*129 Para comprender bien, según esta Obra, la actitud interior y exterior de José para con María en lo que se refiere a su*

*Maternidad, es menester tener igualmente presentes otros puntos de vista. Una visión igual y de conjunto se presenta en el*

*Apéndice, pág. 260, que puede ver el lector.*